

SANTA CRUZ Y O'HIGGINS

Dos efemérides de 1992

Percy Cayo

RESUMEN

El año que concluye recordó -entre otras- dos efemérides: el sesquicentenario del fallecimiento del prócer chileno Bernardo O' Higgins, y el bicentenario del nacimiento de Andrés de Santa Cruz Calahumana. El autor recuerda del primero, su contribución a la causa de la libertad chilena y peruana y los diecinueve últimos años de su vida, que pasó exiliado entre nosotros. Del segundo, su convicción de siempre por reunir los antiguos territorios del Alto y Bajo Perú, intentando restaurar la vieja unidad que siglos de vida en común les había dado.

ABSTRACT

Last year marked the commemoration, among other things, of two separate historical milestones: the hundred fiftieth anniversary of the demise of the Chilean dignitary Bernardo O' Higgins, and two hundred years since the birth of Andres de Santa Cruz Calahumana. The author records the former's contribution to the Chilean and Peruvian struggle for independence, as well as the last nineteen years of his life, which he spent with us in exile. Of the latter, he remembers his obsession with reuniting the one-time territories of Upper and Lower Perú, in an attempt to restore the old unity resulting from centuries of coexistence.

I

Los arqueólogos, tantas veces discrepantes en sus conclusiones, no disienten al señalar que los territorios que hoy conforman Perú y Bolivia, viven unidos, cuanto menos, desde lo que conciertan en llamar el segundo horizonte del mundo autóctono. Nadie trae a fecha más cercana esa unión; cierto es que algunos la proyectan hacia época más remota, mas la conclusión sería que esos territorios se enlazaron hace unos mil años; no menos; eventualmente más.

Desde entonces, más allá de avatares, nuestros pueblos han venido recorriendo un camino común; la Conquista Incaica reforzó esa comunidad, conquista que no sería comprensiva, por lo rápido de su expansión y lo magnífico de sus logros en los aspectos más diversos, si es que no conociéramos que tuvo esa unidad los antecedentes que le supieron dar quienes desde Tiahuanaco empezaron a dar forma política a esa unidad que la geografía convertía en imperioso llamado.

Para nuestros días, valdría no olvidar que son ya mil años de unión que tal vez nuestras clases dirigentes, tantas veces incapaces de entender los mandatos de la naturaleza, debieron tener muy en cuenta. Largo es pues el camino común de nuestros pueblos. Común fue su Historia -por lo menos desde hace mil años-; común fue su vida en los días del gran Imperio Incaico; comunes sus anales a la hora de la presencia del Conquistador, cuatro décadas más tarde del desembarco Colombino -cuyos quinientos años se han recordado-; igual fue el tratamiento que nuestros territorios recibieron a la hora del ordenamiento de estos espacios como integrantes del Imperio colonial hispánico; y comunes fueron desde entonces los dolores que nuestros pueblos padecieron; los nombres serán los mismos: mita minera, los espacios distintos: de Potosí o Huancavelica. Nuestras gentes, herederas de esa gran organización a la que aún admiramos por su sentido previsor, su misión civilizadora, capacidad de dominio sobre sus territorios, sufrieron también en común el mismo destino: la explotación tantas veces

despiadada de europeos y criollos. Nuestras gentes, a pesar de las buenas leyes que la metrópoli se preocupó en promulgar, sufrieron "la servidumbre, institución clave del sistema de explotación colonial", identificable con los trabajos forzados, como nos lo dice desde Bolivia el historiador René Arze Aguirre.

Fueron siglos de vida en común bajo el régimen español; es cierto que en 1776, la nueva mentalidad política de los borbones originó que los territorios de la Audiencia de Charcas dejaran de formar parte del Virreinato peruano, para pasar a integrar el recién creado virreinato del Río de la Plata.

Hasta hoy se puede repetir que dicha medida fue desatinada. Por cierto no somos nosotros, ahora dos siglos más tarde, los que podemos reclamar. Fue el propio Virrey Manuel de Guirior en 1778 el que lo señaló en su alegato al Consejo de Indias, denunciando que esas demarcaciones caprichosas "alterarán todo el régimen y comunicación internas, y dejarán sin vigor a las dos porciones. Debilitadas y separadas sus fuerzas -continuaba-, no podrán resistir una acometida extranjera. Los inconvenientes que tiene la división del Perú son mayores en lo económico y gubernativo. Será haber arruinado el comercio y arriesgado la quietud y seguridad". Y concluía el propio documento: "Si se dividiera el Perú en dos jurisdicciones, estando sus provincias tan enlazadas, se pondría una piedra de escándalo y emulación".

Años más tarde, 1823, el sabio alemán Humboldt también lo denunciaba como ajeno a la realidad de nuestros pueblos al decir:

"La partición del Perú inspira pesar a cuantos aprecian la importancia de la población indígena", para en seguida calificarla, sin ambages, de división arbitraria, añadiendo: "Esperamos que en las numerosas confederaciones de Estados que se forman en nuestros días, se consulten los intereses morales de nuestros pueblos".

Estas expresiones -expresiones premonitorias- del sabio alemán, llevaron a don José

de la Riva-Agüero y Osma a comentar en 1936: "Con tan terminantes palabras, que alcanzan todo el peso de su elevada autoridad, Humboldt anhelaba, y de antemano justificaba, el intento santacrucesino".

Aquella división política que no respetaba las realidades geográfica, histórica, económica, social, etc., no lograría quebrar la unidad que los siglos habían ido ganando para aquellos territorios; prueba irrefutable de esa identidad se daría en los días del gran levantamiento de Túpac Amaru, que conmocionó por igual los espacios alto y bajo peruanos, y que continuaría Túpac Catari en el viejo territorio charqueño, como lo ha estudiado con especial acierto María Eugenia del Valle de Siles, desde La Paz.

Los años finiseculares del XVIII e iniciales del XIX, mostraron la continuación de los lazos sancionados por los siglos; el tráfico comercial siguió 'trajinando' por los viejos caminos que los arrieros habían consagrado. Los vínculos más estrechos se daban, obviamente, entre el mediodía peruano y la vieja jurisdicción charqueña.

No sólo se reforzaron remotos lazos en tales años; también emergieron nuevos sentimientos. El levantamiento de Pedro Domingo Murillo, desde La Paz, y cuatro años antes el de Aguilar y Ubalde desde el Cusco, mostrarían que los sentimientos autonomistas habían madurado juntos. La Junta de Chuquisaca, del 25 de mayo de 1809, la primera del ciclo de juntas liberales a partir de los acontecimientos metropolitanos en Aranjuez, y su secuela en Bayona, trascendió irradiando su mensaje de contenido renovador.

Fue en ese medio y en torno de esas ideas, que Andrés de Santa Cruz llegaría a la mayoría de edad. Había nacido el 28 de noviembre de 1792 -hace doscientos años-, en el hogar formado por José Santa Cruz y Villavicencio y doña Juana Basilia Calaumana.

La preocupada inquietud paterna por darle al joven Andrés la mejor educación, lo llevó a matricularlo en el Cusco, en el Seminario Conciliar de San Antonio Abad, donde, a decir de su biógrafo Alfonso Crespo, "conoce a vastagos de las principales familias de la sierra peruana", a la vez que se vería conmovido por

la supervivencia de la vieja ciudad, símbolo de esa historia de la que él se sentía heredero por la sangre materna y por los recuerdos de los bellos relatos que en la infancia recibió.

Un incidente baladí lo hará abandonar esa casa de estudio y volver al seno familiar, incorporándose a la carrera militar el 1º de agosto de 1809, en el Regimiento de Dragones de Apolobamba; no pasaría mucho tiempo sin que estrenara su nuevo quehacer ante el avance de las tropas bonaerenses que ha estudiado Fernando Díaz Venteo en *Las Campañas Militares del Virrey Abascal*.

No nos corresponde historiar la participación de Andrés de Santa Cruz en aquellas acciones bélicas; sí habría que señalar que durante ellas, lentamente, con esa lentitud con que los hombres andinos reflexionan sus grandes decisiones, irá contemplando que aquella lucha no es la justa y que su puesto debe estar al lado de sus hermanos de sangre, de los hombres y mujeres de estas tierras que quieren acabar con el vínculo político que los sometía a la lejana metrópoli hispana.

El 8 de enero de 1821, Andrés de Santa Cruz se incorpora al ejército patriota. San Martín lo recibe destinándolo al norte del Perú.

En los días sanmartinianos, don Andrés de Santa Cruz irá mostrando sus dotes militares, que llevarán al Gran Capitán de los Andes a encargarle el mando de la división que debe apoyar las acciones que desde el norte viene llevando a cabo Simón Bolívar. Entonces, ahora a órdenes de otro grande de la historia latinoamericana, Antonio José de Sucre, tendrá actuación estelar en la batalla de Pichincha el 24 de mayo de 1822; su notable accionar ese día, le hará merecedor del ascenso a general de brigada del Ejército de Colombia.

Será agitada y polémica su actuación en el intermedio peruano que va desde el retiro de José de San Martín, hasta la llegada de Simón Bolívar. Fue entonces decisiva su participación al lado de quienes primero desde Miraflores, y luego desde Balconcillo, exigieron al Congreso corregir el desacierto de haber nombrado la llamada Junta Gubernativa; aquéllo le haría ganarse la resistencia de los liberales peruanos. Riva-Agüero, encumbrado entonces a la prime-

ra magistratura, lo nombrará General en Jefe del Ejército Peruano.

Su victoria en Zepita -25 de agosto de 1823, que le significó el Mariscalato-, no tendrá las repercusiones que eran de esperar; el frente político peruano se hallaba atrozmente dividido. Olvidando que el enemigo mayor estaba posesionado de todo el sur-andino, las emulaciones y ambiciones produjeron el tristísimo espectáculo de la disputa afanosa del poder, posponiendo la indispensable unidad en momentos tan graves para la Patria. Bolívar rescataría al Perú de aquella nuestra primera -no última- anarquía, que ya entonces nos llevó al penoso espectáculo de la pugna de dos presidentes.

Bolívar reconocerá a Santa Cruz en su valor militar, y lo tendrá muy cerca, en especial en los días trujillanos, cuando el genial caraqueño va preparando -antes de ascender a la serranía- el ejército que debía desempeñar la campaña final. Es don Andrés de Santa Cruz quien desde Reyes suscribe el parte de la batalla de Junín, el 7 de agosto de 1824 en su calidad de Jefe del Estado Mayor General del Ejército Unido Libertador.

Bolívar, buen evaluador de hombres, ha descubierto en don Andrés de Santa Cruz dotes excepcionales de administrador -aquellas dotes que años más tarde luciera al frente del gobierno de Bolivia como estadista ejemplar-, y lo nombra prefecto de Huamanga, ciudad donde había nacido su padre; será por poco tiempo, pues la reacción realista obliga en un primer momento a los patriotas a replegarse; desde Paucartambo, donde se halla el día de la acción de Ayacucho, es de los primeros en enterarse de la victoria, y entonces también será el primero en informárselo a Bolívar. Esta situación lo privará de ser integrante de las huestes que luego avanzarán hacia el Alto Perú. De haber estado entre quienes primero llegaron a liberar esos territorios, la Historia, tal vez, hubiera sido distinta.

Luego de Ayacucho, se vuelve a plantear la 'suerte' del Alto Perú, que está en el entramado del gran proyecto santacrucino. Cuando el primer Congreso Constituyente peruano -aquél tan prematuramente convocado ante la

ausencia de San Martín-, se ocupa en la Carta de 1823 del territorio del nuevo Estado -art.6º-, dirá: "El Congreso fijará los límites de la República, de inteligencia con los Estados limítrofes, verificada la total independencia del alto y bajo Perú". Tampoco la Capitulación firmada en el propio Campo de la Quinua ese 9 de diciembre definirá la suerte de la vieja Audiencia charqueña; dice en su artículo 1º: "El territorio que guarnecen las tropas españolas en el Perú, será entregado a las armas del ejército unido libertador, hasta el Desaguadero, con los parques, maestranzas y todos los almacenes militares existentes".

Esa es la duda que invadirá a los primeros padres de nuestras patrias en aquellos días. Bastaría repasar el libro de Sabino Pinilla -que es más cierto fuera de José Rosendo Gutiérrez- *La Creación de Bolivia*, para comprender todo el intrincado proceso de constitución del Estado que establece la Asamblea boliviana el 6 de agosto de 1825.

Mas algunos personajes, el más notable de todos, Andrés de Santa Cruz, no convinieron con tal decisión. Si siguiéramos con erudita insistencia sus escritos y sus acciones, constataríamos en él su franca visión integradora. Santa Cruz, a contramano de tantos de los caudillos de entonces, se mantuvo fiel al mandato de esa geografía en que había nacido, ese paisaje en que transcurrieron los primeros años de su vida, ese designio de la Historia que él vivía en su integridad.

Por eso, desde entonces, sus pasos estuvieron encaminados a restituir o reunir los territorios alto y bajo peruanos. Proyecto que recogía el mandato de siglos de una integración que la mano del hombre había deshecho.

La lectura de su epistolario nos lo presenta plenamente consciente de que es necesario reunir lo escindido. Su proyecto confederal no brotó en la víspera de su convenio con Orbegoso, ni en la antevíspera del pacto de Tacna; craso error sería imaginarlo así; ese fue su sueño de muchos años antes; esa fue su idea genial de visionario, y como idea genial tenía que ser incomprendida y despertar temores.

Desde Londres, Mariano Egaña encargado de los negocios chilenos en 1825, ya se

mostraba preocupado de la reunión de los dos perúes; doce años más tarde, esa sería la misma visión de Diego Portales, tal vez inspirado por el genio de Andrés Bello. Cinco meses antes del texto clásico de Portales contra el proyecto confederal santacrucino, Luna Pizarro, el 4 de abril de 1837 en carta a don Andrés de Santa Cruz le decía: "No sé porqué tanta alarma de que dos Estados que desde la primitiva población de estas regiones fueron una sola familia, y que hasta ayer tuvieron un mismo gobierno; dos Pueblos que identificados por sus idiomas, usos, costumbres; y habitantes de un suelo que no ha dividido la naturaleza; quieran volver a reunirse con nuevos vínculos que labren su mutua ventura".

El mismo Luna Pizarro había sido quien años antes, cuando dejó Arequipa al debatirse la Constitución que se promulgaría en 1834, le diría al memorialista Juan Gualberto Valdivia, que luego de mucho meditar "sobre la suerte futura del Perú ... veía que a la larga tendría que formar con Bolivia una confederación de tres Estados, y que si hallaba la oportunidad, lo propondría en la Convención, a fin de que los Congresos de Perú y Bolivia la verificasen ...". De allí deduce Jorge Basadre, al estudiar la Constitución de 1834, que fue Luna el autor de que desaparezca del texto precedente, la Constitución de 1828, la prohibición de que la nación peruana admitiera con otro Estado unión o federación.

No fue pues acto irreflexivo ni de ocasión por una crisis -una de las primeras en nuestra agitada e inestable historia republicana- la que llevó a Santa Cruz a plasmar su viejo ideal de reunir nuestros pueblos. No es cierto tampoco que la idea sólo tuvo adversarios entre nosotros y entre quienes no eran peruanos o bolivianos; podemos recordar a don Bernardo O'Higgins, en la carta que le envía al presidente de Chile Joaquín Prieto, invitándolo a reflexionar sobre la oposición de Chile a la Confederación.

Aún no se ha estudiado debidamente todo lo que fue la Confederación como proyecto, por tanto muy anterior a su realización. Si el Congreso Anfictiónico de Panamá, lo encontramos ya precisado por Simón Bolívar 11 años

antes en su Carta de Jamaica; no son menos los años antes, desde los cuales Santa Cruz ha ido planeando su magno proyecto. Ciertamente que el proyecto fracasó, por tan diversos motivos como los que las distintas historiografías se han encargado de señalar. Mas creemos que ello es uno de los defectos que el quehacer histórico conlleva. Producido el fracaso -cierto, pues nadie ha de negarlo-, hay la tendencia a disponer todos los acontecimientos precedentes para -aparente originalidad-, explicar las causas del fracaso. Fatalismo retrospectivo le llaman algunos: arreglar todos los hechos del pasado para que conduzcan necesariamente a lo que sucedió. Tentación de encontrar siempre la explicación del hecho histórico, sin dejar margen ni siquiera a la sospecha de que pudo suceder de alguna otra manera.

No los descubrimos ahora: son de siempre y están enraizados en los siglos; la hermandad peruano-boliviana, boliviano-peruana, hunde en la lontananza de los siglos sus vínculos variados; lo profetizo Guirior, lo intuyeron nuestros primeros constituyentes y los que redactaron la Capitulación de Ayacucho; lo comprendió así Luna Pizarro, como desde otra orilla Egaña desde Londres y Portales desde Santiago; desde Lima, O'Higgins, chileno excepcional, lo percibió.

Ciertamente que quienes se opusieron desde distintas vertientes, lo hicieron por diversos motivos, pero nunca negaron la realidad viva de los vínculos alto y bajo peruanos. El propio Portales en su conocida carta a Blanco Encalada reconoce la "(...) comunidad de origen, lengua, hábitos, religión, ideas, costumbres, (...)" de nuestros pueblos; de allí deducía conclusiones de política continental, mas queda allí plasmado, por quien fue o personificó la mayor oposición a la Confederación, las razones legítimas de ella.

Santa Cruz quiso restaurar la grandeza de nuestros pueblos; para ello estaba dotado especialmente; confluían en él, mejor que en muchos, los aportes que siglos de Historia común habían edificado. "Cóndor Indio" tituló a su estudio uno de los primeros en ocuparse de nuestro personaje, el ya citado Alfonso Crespo Rodas. Como el Cóndor pudo elevarse por en-

cima de las grandes alturas; como los cóndores que sobrevuelan los mayores macizos y picos andinos, pudo desde allí visualizar que la grandeza de nuestros pueblos debía recorrer el camino de la reunificación. Por eso quiso realizar con empeño la grande empresa Confederal. No se le permitiría: conjunción de voluntades -muchas de ellas mezquinas, otras equivocadas- se lo impidieron.

Pero ya es tiempo que haya llegado la hora de la reivindicación; lo dijo San Martín, lo dijo Bolívar, y podríamos señalar a muchos más: no eran sus contemporáneos, ni los hijos de aquellos y los hijos de los hijos, los que podrían dar el definitivo y acertado fallo histórico sobre sus obras.

Creemos que la reivindicación de Santa Cruz va demorando mucho y aún no se cumple a cabalidad. Esta América morena ha sido muy infiel con sus grandes manes; no hay que olvidar los últimos días de Bolívar, tan penosos, tan incomprensibles, tan laberínticos: moriría proscrito y destituido de todos sus honores; Sucre muere en Berruecos, asesinado con saña y odio extremo; San Martín vivirá décadas de destierro, a doce mil kilómetros de su patria querida, rechazado o preterido por sus conciudadanos; Bernardo O'Higgins, padre de la Patria chilena, vivió 19 años entre nosotros, no por su propia voluntad, sino por el destierro a que lo obligaron, precisamente, aquellos a quienes había contribuido con tanto esfuerzo a dar libertad; Artigas discurrirá los últimos 30 años de su vida, en Paraguay: prolongado ostracismo; Francisco Morazán, padre de la unidad centroamericana, hondureño ilustre, terminará frente a un pelotón de fusilamiento en 1842. ¿Qué nos admira lo que sucedió con Santa Cruz? Nos admira que aún no se hayan aquilatado sus dotes integracionistas; no se le niega sus cualidades de estadista, que reconocen en especial los historiadores bolivianos al repasar esos años que van de 1829 a 1835, cuando Bolivia fue ejemplo de estabilidad, y de lo que hoy los economistas llamarían un despegue económico.

Pero aún quedan rescoldos aquí y allá, que mantienen postergado el reconocimiento de su magna obra. Bolívar, Sucre, San Martín, O'Higgins, Artigas, Morazán, ya se han visto

restaurados en el pedestal que la Historia mercedamente les ha consagrado. Pero ¿Santa Cruz? Don Andrés de Santa Cruz, el visionario que trasgredió la visión mediocre de tantos para proyectar la encumbrada empresa de que vivamos juntos, aún sigue esperando.

Hay testimonio cierto, que desde la silla donde lo postró la parálisis, uno de los grandes y más procaces adversarios de don Andrés de Santa Cruz, el político y literato Felipe Pardo y Aliaga, expresó: "Quisiera arrepentirme de mis pecados, como me arrepiento de haber combatido al General Santa Cruz".

Parece que aún hay muchos a los que no llega el arrepentimiento. Ni la conmovedora realidad de su proscripción en Europa, ni su muerte en ella, ni la aplazada reintegración de sus restos a su Patria -un siglo después de su muerte-, donde hoy reposan en la propia Catedral, han podido calmar a quienes aún no quieren entender la grandeza de su mensaje; pero allí está él; y aquí estamos los hijos de sus hijos y los descendientes de éstos, para aceptar la vastedad de su proyecto y lamentar las infinitas posibilidades que al fracasar, quedaron truncas.

Hoy renace la esperanza de restaurar la verdad y el reconocimiento de su magna obra. Nuevamente Perú y Bolivia se ven acercados por el mandato de los tiempos pasados, y por las exigencias de los actuales proyectados al porvenir.

La declaración de Ilo, el 24 de enero de 1992, invoca en su numeral primero "el origen histórico y cultural que une a los pueblos de bolivia y Perú", para a continuación nominar el Proyecto de Amistad, Cooperación e Integración "Gran Mariscal Andrés de Santa Cruz".

El artículo 5º, en su ítem D, acordó la Creación de la Comisión Binacional encargada de la Celebración del Bicentenario del Nacimiento del Gran Mariscal Andrés de Santa Cruz. No fue el proyecto santacrucesino un mero proyecto político de unión -mejor decir reunión- de nuestros pueblos; fue mucho más: conllevaba la esperanza de que tras aquel proyecto político, nuestras gentes, en especial los herederos de los artífices que labraron las hermosas expresiones pétreas de Tiahuanaco y Chavín, nuestros hombres y mujeres, alto y bajo peruanos,

simplemente bolivianos y peruanos, alcanzasen en próximo porvenir vivir en una sociedad que satisfaga sus más elementales aspiraciones; entonces ... y sólo entonces, el recuerdo, el homenaje, la conmemoración bicentenario habrá hecho justicia con quien como Andrés de Santa Cruz, quiso dar un hálito de grandeza a nuestros estados en sus días iniciales. Abogemos por que su mandato no se postergue indefinidamente: nuestros pueblos lo esperan; Santa Cruz lo quiso; rindámosle el homenaje de ver realizado su sueño.

II

"Debo al Perú una deuda de gratitud que la vida más larga no bastaría a recompensarla".

Estas palabras figuran en un adiós al pueblo peruano, escritas en borrador; fueron halladas entre los últimos escritos que tuvo oportunidad de redactar don Bernardo O'Higgins. Los peruanos, rescatamos también de nuestros recuerdos, lo que Bernardo O'Higgins hizo, con tenacidad ejemplar, por alentar los cruces de 1819 al mando de Cochrane, y la Expedición definitiva de 1820 que, desembarcando en Paracas, iniciaría el tramo final del largo empeño peruano por la Independencia, enhiesto desde los días de la rebeldía de Túpac Amaru, en el escenario surperuano.

La aparición política de Bernardo O'Higgins, podríamos ubicarla en las vísperas de la instauración de la Junta de Santiago de Chile del 18 de setiembre de 1810, consecuencia de los acontecimientos peninsulares en torno al Motín de Aranjuez y las intrigas de Bayona, como todas las juntas del ciclo liberal americano.

Complejos problemas internos y las noticias de los sucesos bonaerenses del 25 de mayo de 1810 -la célebre junta de Mayo-, repercutieron sonoramente en el clima de descontento existente en Santiago y Concepción. Para unos, la coyuntura que se vivía pondría fin al régimen monárquico metropolitano y entonces se debía instaurar un gobierno plenamente separatista; para otros, monarquistas intransi-

gentes, pasara lo que pasara, se debería mantener la sumisión al régimen monárquico.

Tal vez de haber estado la Capitanía General en manos más hábiles que las de Francisco Antonio García Carrasco, otro hubiera sido el desarrollo de los sucesos; tuvo el ineficaz Presidente como asesor a Juan Martínez de Rozas, mendocino nacido en 1759, cuando la provincia de Cuyo, de la que Mendoza era cabeza, aún pertenecía a la Capitanía chilena. Hombre culto, con estudios en la Universidad Pontificia de Córdoba, llegó a ser asesor letrado de don Ambrosio O'Higgins, cuando éste era Intendente de Concepción. Al ocupar Ambrosio O'Higgins el gobierno de la colonia, Martínez de Rozas quedó al frente de la Intendencia de Concepción.

Es conocida -la historiografía chilena coincide en ello- la incapacidad que lució en el desempeño de sus funciones, precisamente cuando la llegada de las noticias de lo sucedido en Chuquisaca, La Paz, Quito, Caracas, Buenos Aires y Santa Fe de Bogotá. El Virrey de Buenos Aires, Hidalgo y Cisneros, informó a García Carrasco que grupos complotaban contra el orden establecido; presa de la inseguridad producida por los rumores y las noticias contradictorias desde la metrópoli, el Gobernador ordenó la prisión del procurador del Cabildo Juan Antonio Ovalle, el abogado argentino Bernardo Vera Pintado y José Antonio Rojas: era el 25 de mayo de 1810; al día siguiente los reos eran trasladados a Valparaíso para ser embarcados con destino al Perú.

Estos hechos produjeron enorme conmoción en el medio santiaguino, lo que se vio acrecentado cuando llegaron nuevas noticias confirmando los acontecimientos bonaerenses de la Junta del 25 de mayo, que encabezaba Cornelio Saavedra. Ante la excitación popular, procedió García Carrasco a revocar la orden contra Rojas, Ovalle y Vera, pero ya éstos navegaban al norte. El grado de exaltación llegó a tal punto, que la audiencia consideró atinado solicitar la renuncia de García Carrasco; de tal modo, se juzgaba, se aplacarían las iras populares; García Carrasco aceptó tal temperamento, procediendo a dimitir; se había erigido como autoridad a Mateo de Toro Zambrano, Conde de la

Conquista. Era evidente que el anciano funcionario, en sus 83 años, débil de carácter y desprovisto de dotes para el cargo recibido, podía sufrir las influencias de los distintos partidos en pugna; la agitación era general, y en Concepción ella tenía en el joven hacendado Bernardo O'Higgins, su principal cabecilla.

Mientras por un lado los realistas más intransigentes abogaban por mantener la mayor fidelidad a Fernando VII, otros grupos se mostraban permeables a las convocatorias que llegaban desde Cádiz, en las que se incluían la designación de diputados a las Cortes que debían reunirse en la Península. Quienes estaban por el reformismo político, se vieron estimulados ante tales demandas, y encontraron en el *Catecismo Político-Cristiano* el escrito que recogía muchas de sus expectativas. De autor anónimo -figuraba como tal José Amor de la Patria-, aún -que sepamos- se mantiene la incógnita histórica de quién sería su autor.

Todo este clima, desembocaría en la convocatoria a un Cabildo Abierto a realizarse el 18 de setiembre de 1810, ante el cual el Conde de la Conquista procedió a renunciar, eligiéndose de inmediato una Junta Gubernativa que estuvo presidida por el propio Conde de la Conquista. La Junta, entre otras de sus obras de Gobierno, convocó a elecciones de un Congreso Nacional, que llegó a instalarse el 4 de julio de 1811; aún este cuerpo se mostraba partidario del fidelismo, por cuanto juró obediencia a Fernando VII. Fue en medio de estos y otros acontecimientos, cuando José Miguel Carrera logró adueñarse del poder, haciendo participar de este hecho a don Bernardo O'Higgins, por la jurisdicción de Concepción, quien no tardó en abandonar tal postura cuando se dio cuenta que Carrera iba camino del mayor autoritarismo, de lo que era prueba la propia disolución del Congreso.

Creemos que es en estos momentos, cuando O'Higgins empieza a emerger como figura destacada del proceso político chileno de aquellos días; la *Patria Vieja* la han llamado, y cubre el lapso entre 1810 y 1814.

Sustentaba ya Bernardo O'Higgins, el ideal de una franca ruptura con la Metrópoli. En sus 33 años empezaba a descollar y los

siguientes 12 -hasta sus 45-, lo encontraríamos en el centro de la encrucijada política chilena.

Nacido el 20 de agosto de 1778, era hijo fruto de la unión de Ambrosio O'Higgins, que había sido gobernador de Chile, y de Isabel Riquelme, una niña de la localidad de Chillán, donde nació.

Su educación primera la recibió en un colegio de los franciscanos en Chillán, y más adelante en Lima, donde frecuentó el Convictorio Carolino en días del notable rectorado de don Toribio Rodríguez de Mendoza. Acatando la voluntad paterna, viajó a Inglaterra para seguir estudios; dejado a su albedrío, y carente de recursos, poco es lo que pudo aprender formalmente; sí sabemos que fue allí cuando tomó contacto con numerosos americanos, algunos de los cuales ya alentaban planes separatistas para sus respectivas patrias. Cabe mencionar entre ellos a Francisco de Miranda, con quien a los 20 años -1798-, el mismo año de la muerte de nuestro Viscardo y Guzmán, entró en contacto alcanzando un estrecho lazo amical con el ilustre caraqueño.

Su dominio del francés y del inglés, le dieron oportunidad de alcanzar la lectura de las obras revolucionarias que constituían el acervo intelectual de quienes aspiraban a ver sus patrias libres de la tutela española. Para alcanzar la realización de tales planes, inducido por Miranda, formó parte de las logias que entonces actuaron en Inglaterra.

Con este bagaje, volvió Bernardo O'Higgins a su patria cuando supo, en 1801, la muerte de su padre, que ya había pasado por el virreinato peruano como máxima autoridad; debía entonces asumir la administración del importante patrimonio que le legara.

Al correr de los años y de los sucesos relatados con anterioridad, Bernardo O'Higgins se convertiría en hombre de armas; ello ocurrió cuando el Virrey Abascal, que entendía que la acción de Carrera al frente de la Junta chilena tenía todas las características de desconocer la autoridad para él indiscutida de Fernando VII, envió al sur una expedición que puso al mando del brigadier Antonio Pareja, quien luego de ocupar Chiloé y Valdivia, se desplazó al norte, acrecentando sus fuerzas

luego de desembarcar en Talcahuano. El descontento que había vivido la región, por el enfrentamiento entre Carrera y Rozas (1812), hizo que muchos vieran con simpatía la expedición realista.

Frente al avance enemigo, Carrera concentró sus fuerzas en Talcahuano, contando con el decidido apoyo de Juan Mackenna, jefe irlandés de gran capacidad militar, y de Bernardo O'Higgins, investido como coronel de milicias, por su inquebrantable determinación de enfrentar la reacción absolutista que representaba Pareja.

Extraña campaña aquella de 1813; en ella moriría Pareja, en Chillán, cuando se había hecho fuerte en los confines de la ciudad. Reemplazado por Juan Francisco Sánchez, los enfrentamientos con los patriotas no mostraron definición favorable, ni a unos ni a otros, mas en medio de las acciones se alcanzó la convicción de los errores cometidos desde el mando por Carrera, mientras O'Higgins era reconocido como el hombre de los aciertos, sobre todo cuando en la acción conocida como El Roble, los realistas supieron sorprender a los bisoños reclutas patriotas; la confusión subsecuente presagiaba la absoluta derrota, pero la notable resistencia de Bernardo O'Higgins hizo reaccionar a quienes ya se dispersaban, superando la sorpresa luego de reorganizar las tropas.

"Gracias al valor y decisión de O'Higgins, las fuerzas realistas fueron rechazadas y se salvó la situación", nos dice Sergio Villalobos.

Infortunada fue la conducción militar de Carrera; graves críticas recayeron sobre la dirección que le daba a la guerra; así era lógico que se operara un cambio en la Junta de Gobierno: los Carrera fueron separados de todo mando de tropas y de la misma Junta. Don Bernardo O'Higgins fue nombrado entonces General en Jefe del Ejército.

Desde su flamante posición, O'Higgins debió hacer frente a la noticia de la llegada de refuerzos desde el Perú, esta vez al mando del brigadier Gabino Gaínza, así como la de la caída de Talca en poder de los realistas. Estas

noticias produjeron una nueva recomposición en la Junta Gubernativa, que entregó la suma del poder -a semejanza de la vieja Roma republicana en los casos de grave peligro-, al coronel Francisco de la Lastra.

Las acciones militares en El Quilo y El Membrillar y luego en Quechereguas, ahora dirigidas por Bernardo O'Higgins, hicieron sentir que el acierto les acompañaba; en Quechereguas, Gaínza había sido rechazado.

Mas las noticias que periódicamente llegaban a Santiago, por la vía marítima valparisiense, eran cada vez menos alentadoras. Los realistas se habían rehecho en muchos lugares y entonces, desde el Perú, Abascal podría disponer nuevos contingentes que reforzaran a las melladas tropas asentadas en Chile.

El arribo a Valparaíso del comodoro inglés James Hillyar, trayendo una propuesta de negociación de parte del virrey Abascal, el que incluso lo autorizaba a actuar como mediador, dio nuevo giro a los acontecimientos. Para ambas partes tal situación resultaba aparentemente ventajosa y fueron a negociar, aunque cada bando también lo hacía con evidente insinceridad de propósitos. Lastra estaba convencido de que el espíritu independiente de los patriotas, no permitiría el retorno al pasado. El jefe realista también compartía tal opinión, mas cada quien cumplió con el rol que le tocaba desempeñar.

El acuerdo político llevó a la firma, el 3 de mayo de 1814, del Tratado de Lircay. Francisco Frías Valenzuela ha resumido su contenido en estas frases : "Los patriotas reconocían por él su dependencia de España, pero conservarían el derecho de gobernarse por sí mismos; los realistas, consentían en dejar subsistente el gobierno establecido en Chile, y en evacuar el territorio en el término de treinta días".

Bajo la fácil grito contra el Tratado, acusándolo de ser una grave afrenta contra Chile, resurgirían los Carrera. En Santiago, movilizandando a amigos, partidarios, parientes y descontentos, alzaron los cuarteles, reunieron un Cabildo Abierto, y establecieron una nueva Junta en la que figuraban José Miguel Carrera, presidiéndola, y su hermano Luis. Numerosos destierros a Mendoza, completaron el empeño de

establecer un gobierno autoritario, que además creaba una rivalidad entre los patriotas, cuando más urgente era la unión.

Bernardo O'Higgins censuró, como muchos más, el golpe, y al frente de las tropas que comandaba y que se hallaban acantonadas en Talca, se dirigió a Santiago dispuesto a someter a los Carrera. En marcha al norte, O'Higgins supo de la desaprobación por parte de Abascal del Tratado de Lircay y de la llegada a Talcahuano de un fuerte contingente realista, que desde Lima y al mando del brigadier Mariano Osorio se aprestaba a reimponer el orden colonial.

Ante el peligro que ello significaba, O'Higgins, en palabras del notable memorialista Guillermo Miller, que bien lo conoció, "sacrificó magnánimamente sus justos resentimientos para salvar su patria; accedió a las presiones de su rival, y volvió noblemente sus armas contra el enemigo común".

O'Higgins buscó entonces el acuerdo con Carrera, logrando que ambas fuerzas se reunieran para rechazar al adversario.

Osorio y sus tropas avanzaron hasta el río Cachapoal; O'Higgins se hizo fuerte en Talcahuano, plaza que fue atacada el 1º de octubre de 1814. Talcahuano es gloria militar de O'Higgins, más allá de la derrota sufrida; mientras la resistencia que pusieron Juan José, Luis y José Miguel Carrera, fue de escasa efectividad, O'Higgins hizo pensar a los realistas en varios momentos, que el fracaso los acompañaba y que tendrían que retirarse; pero la mayor experiencia de las tropas llegadas desde Lima, y la fuga en que fueron puestas las tropas de Carrera, hicieron que todo el peso de la defensa recayera sobre los hombres que comandaba O'Higgins; pero aún así la lucha se prolongó, hasta hacerse insostenible para los patriotas; casi diezmados, los hombres al mando de don Bernardo O'Higgins forzaron el sitio y lograron abandonar la ciudad, retirándose a Santiago.

El propio Frías Valenzuela sintetiza el clima que siguió a la derrota de Rancagua, diciéndonos que ella "dio por resultado la ruina completa de los patriotas. La capital era el teatro de una espantosa confusión. Las gentes pensaban sólo en abandonar el país para substraerse

a las venganzas de los vencedores. No había más camino que tomar que el de la cordillera, que conduce a Mendoza; pero la cordillera estaba en esa estación cubierta de nieve. Sin embargo, los patriotas no pensaron en los peligros con que los amenazaba la naturaleza. Los últimos restos del ejército marcharon a su retaguardia para favorecer la retirada". Sergio Villalobos dice "Desde ese momento los jefes militares y los personajes más comprometidos en la revolución no pensaron más que en salvar la cordillera y procurar reorganizarse en el territorio libre de las provincias del Río de la Plata". Hasta aquí la cita.

Por el paso de Uspallata, triste caravana avanza. Serán unos tres mil los emigrantes. Entre ellos don Bernardo O'Higgins, que sería recibido cordialmente por el gobernador de la provincia de Cuyo: don José de San Martín.

Hasta este punto nos hemos detenido en estos episodios de la historia chilena, que acaban con lo que se ha dado en llamar la *Patria Vieja*, que concluye con el sitio y toma de Rancagua.

Desde aquí en adelante, los episodios de la historia en que está entretejida la figura egregia de don Bernardo O'Higgins, empiezan a ser de un conocimiento más amplio para el común de los peruanos. Desde nuestra perspectiva, lo que un joven peruano incorpora a sus conocimientos históricos es la Junta Santiaguina del 18 de setiembre; ella es estudiada dentro del complejo fenómeno del movimiento juntista que tendría expresiones en las diversas capitales audienciales del imperio español a partir de 1809.

Tal vez podríamos decir que recién en el tema de Chacabuco, la personalidad de don Bernardo se incorpora a la Historia común de nuestras independencias. Ello nos permitirá aventurarnos en una semblanza de ese rico temperamento, símbolo máximo, creemos, de las vinculaciones chileno-peruanas, y aún más allá, que fue don Bernardo O'Higgins Riquelme.

Como bien sabemos, el contraste de Rancagua se repitió en otros paisajes de la geografía hispanoamericana, y el movimiento reaccionario realista pareció cimentarse en largo plazo. No sería así; si bien sólo en el caso bonaerense

la reconquista española no se produjo, en todas las demás jurisdicciones coloniales las ideas que se habían sembrado, quedaban allí a la espera de mejor ocasión que ofreciera ventajas. Cambios en los órdenes económico, social, cultural, religioso, político, se habían producido. No volvería a ser la de antes, ni la colonia chilena, ni otra alguna del vasto Imperio colonial español.

De todo ello hacía parte los planes que don José de San Martín, llevaba a cabo desde Mendoza, donde se le incorporaron los emigrantes chilenos encabezados por O'Higgins, y también aquellos que, seguidores de Carrera, se pusieron bajo las órdenes de sus banderas.

Era claro el proyecto sanmartiniano. No creía que operando por el Alto Perú (el noroeste del virreinato bonaerense) se podría poner fin a la guerra de la Independencia que a su entender, no acabaría hasta ocupar Lima; allí está la carta a Nicolás Rodríguez Peña -de cuya autenticidad tiene algunas dudas José Agustín de la Puente-; en todo caso, el plan descrito en ella lo llevaría a cabo San Martín, el Gran Capitán de los Andes.

La presencia de San Martín en Cuyo, no antecede a la llegada de los emigrados chilenos en más de un mes. Si bien pronto pudo y supo entenderse con O'Higgins, no pudo ni supo hacerlo con Carrera. Recordar que éste seguía llamándose "Supremo Gobierno del Reino de Chile", bastaría para entender su desacuerdo con San Martín; esa pretensión de desconocer su autoridad, llevó al Gobernador a remitirlo, junto con sus parciales, a Buenos Aires.

Estratega excepcional -más allá de que somos conscientes son muchos quienes piensan en sus escasas cualidades militares-, San Martín envió pasar la cordillera a gentes de diversa condición, que aparentando arrepentimiento de haber seguido a los patriotas, cumplieron un doble papel: por un lado difundir diversas noticias sobre la situación en Mendoza, y por otro recoger información que remitían a San Martín; éste sería el antecedente de una acción similar que llevaron a cabo en el Perú -por cierto antes de la llegada del Ejército Libertador-, José García y José Fernández Paredes, y

que dio a conocer en la revista *Mar del Sur*, Nº 12, José Agustín de la Puente.

Bernardo O'Higgins fue tenaz, leal y eficiente colaborador de San Martín, quien supo apreciar y reconocer sus notables dotes de organizador y caudillo.

Prevista la expedición que debía llevar la libertad a su Patria, el 21 de enero de 1817 salía O'Higgins; Eugenio Orrego Vicuña describe la marcha: "por desfiladeros cubiertos de nieves eternas, bajo el soplo de los vientos, junto al peligro de los ventisqueros y la amenaza oscura de los abismos, fue extendiéndose el Ejército Libertador como una procesión de gloria hecha carne, de fe trasuntada en espíritu. Los vieron pasar las moles graníticas, los vieron los cóndores que pueblan las alturas, el vértigo los saludó, las estrellas iluminaron sus breves jornadas de sueño. Con ellos iba la esperanza y en sus banderas ondeaba la libertad. Centauros parecían y no hombres, porque nuestra grandeza humana sólo se mide en la magnitud del esfuerzo y en la hondura del ideal".

El 4 de febrero la división de O'Higgins alcanzó las cumbres, llegando al valle del Putaendo el 7 de febrero. Fue premonitoria la proclama que diera a sus compatriotas Bernardo O'Higgins, entonces carente de título alguno de autoridad, pero que desde muy pronto lo tendría, porque más allá de nombramiento alguno, ya se le reconocía -autoridad moral le llaman algunos-, una jefatura que los hechos y la historia, simplemente, tendrían que acatar. Ella decía:

Compatriotas y amigos: el numen de la libertad me restituye por fin al suelo patrio. Un poderoso ejército, cuya sección primera tengo el honor de presidir, donde brilla el orden, la disciplina y el denuedo, viene a sacarnos de la esclavitud. Renazca entre vosotros el sagrado fuego de la libertad. Vengue-mos unidos nuestros ultrajes y padecimientos. La dulce patria, el hermoso Chile vuelva a ocupar el rango de nación. Basta de abatimiento vergonzoso. El orden va a restablecerse con la libertad. Terminó el espíritu de vértigo.

Nuestros mismos trabajos nos han enseñado a ser libres y sostener este precioso don ...Chilenos: yo os juro morir o libertaros.

La precisión y el orden con que se realizó la travesía trasandina, permitió la convergencia perfecta de las distintas columnas; así se dio el 12 de febrero la batalla de Chacabuco. Fue tanta la audacia y entusiasmo puestos en la acción por O'Higgins, que aún años más tarde -y desde el día mismo de la batalla-, hubo quienes lo acusaron de temerario y de haber comprometido el éxito de la acción. Desde Lima, en carta de 1830 a Juan Egaña, se defendió, recordando que exclamó entonces, usando las mismas palabras que en El Roble y Rancagua:

"¡Soldados! ¡Vivir con honor o morir con gloria! ¡El valiente siga! ¡Columnas a la carga!".

Dos días después, el ejército patriota hacía su entrada a Santiago; frente a la urgencia de organizar un gobierno, el Cabildo lo designó Director Supremo. Hoy sabemos que aún antes de la batalla de Chacabuco, O'Higgins estaba enterado que el gobierno argentino había ordenado al Capitán General don José de San Martín, que pisando territorio trasandino lo nombrara presidente de Chile. La comunicación firmada por el ministro de Guerra de las Provincias Unidas, José Florencio Terrada, se lo hizo saber.

Así, al jurar el 16 de febrero de 1817 la Jefatura Suprema de Chile, en sus 39 años, Bernardo O'Higgins se convertía no sólo en hombre de armas, sino en gobernante; mas las circunstancias le imponían un ejercicio autoritario del poder, fruto de los propios acontecimientos que le rodeaban. De hecho, y sin mella de sus siempre reconocidas virtudes republicanas, el gobierno que debió instaurar fue una dictadura.

Pero aunque Chacabuco era hito importante, todavía era sólo una batalla victoriosa; la guerra no se había definido y a ella se abocó, como preocupación dominante, el gobierno de Chile ahora en manos del hijo del

antiguo Capitán General Ambrosio O'Higgins y posteriormente Virrey del Perú. El 20 de marzo de 1818, Cancha Rayada fue un revés para la patria, mas nada podía apocar el ánimo patriota, que, rehaciéndose de la derrota y el temor subsecuente, dio dos semanas mas tarde la acción decisiva de Maipú, que selló la independencia de Chile el 5 de abril de 1818.

Dos vertientes tuvo desde entonces la acción o'higginista: llevar adelante la campaña contra el virreinato peruano en apoyo a los patriotas que allí sufrían la opresión del régimen virreinal, esto para más allá de las fronteras de Chile, y una labor de gobierno en diversas direcciones, esto dentro de la acción interna del naciente Estado.

Bernardo O'Higgins, debió realizar enorme tarea para sentar las bases del nuevo Estado; todavía tuvo que luchar contra grupos pequeños pero recalcitrantes, partidarios del antiguo régimen. La organización de la escuadra nacional chilena, las reformas sociales -abolição de los títulos nobiliarios, de los mayorazgos- lo que lo llevó a enfrentarse con la vieja aristocracia; la obra material y la dirigida al progreso intelectual, la política constitucional, todo ello llevado adelante en medio de las insalvables precariedades del tesoro público, agitaron los días del gobernante. La organización del Estado desde sus cimientos, produjo descontento y desdén por parte de quienes, herederos del antiguo orden colonial, veían limitadas sus antiguas prerrogativas y menospreciaban el régimen que recortaba sus privilegios.

La tradición cuenta que luego de Chacabuco, y en el mismo Campo de Batalla, O'Higgins habría exclamado: "Este triunfo y 100 más se harán insignificantes si no dominamos el mar". Esa era comprensión que también habían alcanzado los patriotas argentinos desde épocas anteriores; el crucero del comodoro Guillermo Brown, llevado a cabo en 1816, bien lo atestigua. Ahora se trató de llevar a cabo el enorme esfuerzo de constituir una Escuadra, que a la vez que le diera seguridad al naciente Estado, le permitiera llevar adelante la Campaña al Perú. Para ello se juzgó indispensable contar con un Jefe naval de indiscutible prestigio. Alamiro de Avila Martel, en su clásico libro

Cochrane y la Independencia del Pacífico ha reseñado las tratativas para llevar a cabo el contrato que traería al gran marino a Chile y ha estudiado con atención como el jefe británico se incorporó a la empresa desde el primer momento; para ello resalta como obtuvo de inmediato la carta de ciudadanía chilena y como se le designó vicealmirante. Que San Martín y O'Higgins le colmaron de atenciones queda muy claro; nada haría presagiar los desencuentros con San Martín dos años más tarde.

La expedición libertadora a nuestras costas, fue empeño mayor del gobierno presidido por O'Higgins; tuvo el tino indispensable para procurar la declinación del mando de ella, por parte de Manuel Blanco Encalada, para que fuese Lord Cochrane quien la comandara; dos cruceros realizó el marino inglés durante 1819, emprendiendo el definitivo el 20 de agosto de 1820. No debió ser casualidad que escogiera el cumpleaños y santo de Bernardo O'Higgins, como fecha de zarpe de la Escuadra.

Es oportuno recordar que el antecedente chileno-argentino formal de la expedición, es el Tratado firmado entre las Provincias Unidas del Río de la Plata, representadas por Gregorio Tagle, y el Gobierno chileno, representado por el guatemalteco Antonio José de Irisarri, el 5 de febrero de 1819, que Argentina no ratificó y Chile sí; mas aún habría que recordar que ante la crisis que vivía Buenos Aires, San Martín consideró que su jefatura no existía en tanto el gobierno que lo había nombrado ya tampoco existía.

Los acontecimientos llevados a cabo en Rancagua, han dado tal apellido al acta que se suscribió ese día -2 de abril de 1820-, por la que San Martín, por mandato de sus subordinados, retenía el mando del Ejército Unido Libertador.

4,118 hombres en 23 transportes, emprendieron la travesía del Pacífico, el viejo Mar del Sur, rumbo al norte, para lograr la soñada liberación del Perú que asegurara la Independencia del subcontinente Sudamericano.

El 7 de setiembre, en Paracas, empezaría la empresa definitiva de la libertad del Perú. La larga noche de la opresión colonial terminaba, y el amanecer era prometedor de mejores días.

Mientras se desenvolvía la acción fecunda de la Escuadra Auxiliar Libertadora, Bernardo O'Higgins, en Santiago, ponía de manifiesto sus dotes de organizador y creador, desgraciadamente todo ello dentro de una grave postración económica; el comercio paralizado, la agricultura trastornada, el contrabando alentado por intereses innobles entrampados en sus afanes; la enorme oferta de productos extranjeros, produciendo la pobreza del trabajador y el artesano. Evidentemente el gasto bélico fue detonante de la crisis económica; con razón Villalobos calcula que mientras el ejército colonial tuvo dotación de 1,500 hombres, el patriota llegó a fluctuar entre 3 y 8 mil; todo aquello tuvo que producir los "apuros financieros del Estado". En medio de tantas exigencias, O'Higgins creyó poder detener el descontento promulgando una nueva carta constitucional -la de 1822-; desgraciadamente tampoco el nuevo texto aplacó la impopularidad del régimen.

Muchas son las causas que se han mencionado para explicar la falta de base de sustentación del régimen o'higginiano; tema vinculado a la causalidad histórica, desde siempre tan difícil de determinar; bastaría volcar la mirada al capítulo IV de Edward H. Carr, en su clásico libro *Qué es Historia?*

Entre muchas causas se cita -no pretenderemos ocuparnos de todas- su afán patriótico, más americano que chileno. Que tal resultó cierto, no se puede negar, pero más allá de las incomprensiones de todos los tiempos -obviamente sin prescindir de los actuales-, quienes soñaron o actuaron a favor de tal ideal, merecen todo nuestro respeto y enaltecimiento; cierto es que no se puede negar que la incomprensión a esos ideales, pudo ser causal de la caída de O'Higgins, pero también lo fueron parecidas razones para la caída de Bolívar, Sucre, Santa Cruz, San Martín y Francisco Morazán, que desde centroamérica tuvo semejante ilusión.

Así las incomprensiones, que siempre han acompañado a los grandes hombres, llevaron al alzamiento que desde Concepción encabezó el general Ramón Freire. Coquimbo siguió en tal empeño; ante el contagio en Santiago, Bernardo O'Higgins incapaz de dar aliento a la anarquía, que sólo podía liberar las fuerzas que

podían carcomer al nuevo Estado, renunció al poder: era el 28 de enero de 1823. Era también el fin de lo que en la Historia de Chile se conoce como la *Patria Nueva*.

Comprendió que habría quienes sin entender su desprendimiento, querrían mellar el prestigio que ninguno de sus compatriotas había alcanzado con mayor derecho que él. El 5 de febrero se dirigió a Valparaíso, haciéndose pronto evidente que su destino sería el Perú cuyo gobierno el 30 de marzo del año anterior, le había asignado como compensación a sus eminentes servicios dos haciendas en el valle de Cañete: Montalván y Cuiva. Pospuso su viaje a la espera que la propuesta de residenciarlo que llevaba adelante Freire -que en realidad más que propuesta era una exigencia-, se resolviera, mientras una campaña desatada en la prensa pretendía zaherirlo ... Quienes quisieron dañarlo sólo lograron como reacción estimular numerosas muestras de adhesión que le fueron expresadas aún desde más allá de los confines de Chile. Al fin el Senado le confirió licencia -en los términos más amplios-, para dejar el país, lo que haría el 17 de julio de ese mismo año 23, a bordo de la corbeta británica Fly; lo acompañaban su madre y su hermana.

Nadie podría saber si pensó que esa separación era definitiva. Por la carta a San Martín del 10 de abril de ese mismo año 23, se comprende que pensó ir a México, como escala para pasar más adelante a Inglaterra. Pero bien sabemos que su destino, único y definitivo, sería el Perú; más de una vez, en su epistolario, encontramos insinuaciones esperanzadas -aparte las más inmediatas a sus días finales que menciona más adelante-, de volver a su Chile querido. Nunca lo haría.

El 28 de julio -aun no fiesta patria peruana-, la nave que conducía a don Bernardo O'Higgins y sus más cercanos parientes, hacía puerto en el Callao.

Llegaba O'Higgins al Perú en momentos indescriptiblemente lamentables; la desunión de los partidos, tenía a la patria en momento crucial, debatiéndose en esa anarquía que alarmaba a San Martín cuando se retiró; la misma que O'Higgins en el mensaje de despedida a sus compatriotas tenía: "¡Quiera el cielo hace-

ros felices, amantes del orden y obsecuentes al que os dirige ...!"; la misma que se prolongaría entre nosotros mucho más de lo esperado y que haría exclamar a José Faustino Sánchez Carrión, en carta al Libertador de 1º de febrero de 1824 : "Que cierto es mi ilustre general, que de todos los americanos, somos los más desunidos los peruanos".

Llegaba a un Perú maltratado por las rivalidades y emulaciones, pero en el que se podía reencontrar con sus discípulos del Convictorio Carolino; el mencionado Sánchez Carrión lo había sido, y también Bernardo de Torre Tagle, el Marqués de Torre Tagle, entonces uno de los dos presidentes con que contaba el Perú. Torre Tagle actuaba en Lima, bastante a la sombra de las tropas grancolombinas que adelantándose a la venida de Bolívar -que recién llegaría el 1º de setiembre próximo-, eran buena parte de su sostén militar en la lucha con el otro presidente, Riva-Agüero, residente con un improvisado Congreso -que nunca funcionó-, en Trujillo.

Sería O'Higgins dolido testigo de las cuitas del pueblo peruano, desconcertado ante las ambiciones y luchas intestinas, cuando el enemigo común aún enseñoreaba en buena parte de la sierra peruana. No encontramos en su correspondencia menciones al tema que nos ocupa, y habría que resaltar la extraordinaria prescindencia que mantuvo Bernardo O'Higgins en todas las luchas que infelizmente enlodaron nuestra primera república; no vería el Perú en otra época que aquella que Basadre ha llamado de la Determinación de la Nacionalidad, la más convulsa e inestable de nuestra inestable y convulsa historia republicana.

La primera casa que habitó en Lima, estuvo ubicada en la calle Jesús María, hoy la primera cuadra del Jirón Moquegua; más adelante -setiembre de 1826-, ocuparía la casa de Osambela -verdadero Palacio-, llamada también ahora de Oquendo, lo que dice bien que felizmente no padecía de estrechez económica alguna; antes bien podría decirse -desmintiendo a algunos de sus biógrafos que afirman pasó penurias-, que las rentas de las haciendas -Montalván, explotada por él mismo, y Cuiva, arrendada-, le permitieron toda seguridad eco-

nómica; cuatro años más tarde alquilaría la Casa y Almacén de Espaderos, donde pasaría desde entonces los doce últimos años de su vida; debió conocer esa Casa en su juventud limeña, pues puso especial empeño en ocuparla.

Si tuvo cuitas, no fueron las que el Perú le deparó, sino las que sus propios connacionales le produjeron, historia común, en nuestra común historia latinoamericana. Si bien todo hace pensar que muchos chilenos le rendían el homenaje del recuerdo ferviente a quien había dado tantas pruebas de desprendimiento y cariño por su Patria, desde el poder, muchas veces y por mucho tiempo, se le mezquinaron reconocimientos y derechos. En cambio, cuando en el Perú alguna vez se quiso poner en litigio la legitimidad de la propiedad de Montalván, el gobierno y el poder judicial peruanos ratificaron que era propiedad de don Bernardo O'Higgins; allí, en esa hacienda, en la que aún se conservan tantos recuerdos del prócer chileno, recibirá muchas veces a nuestro ilustre Hipólito Unanue, su vecino por su residencia en la Hacienda Arona del mismo valle.

Varias veces soñó con volver a Chile, y diversas circunstancias postergaron su deseo nunca realizado; creemos que era sincero cuando repetía que no tenía memoria para los agravios que había recibido; no tuvo memoria, sí, pero no dejarían de dolerle las diversas maniobras que repetidas veces se intentaron para zaherirlo. Cuando se debate la Constitución de 1823 -la longeva Constitución chilena-, se incluirá como propuesta -recogida luego en el artículo 11-, que se perdía la ciudadanía por residir en país extranjero más de diez años. "Si han pensado hacerme un agravio, se equivocan ... Mi ambición se satisface con ser chileno de nacimiento y ser el primero en la Gran Carta de su Independencia", escribió a su amigo Mariano Ramón de Arís, el 27 de marzo de 1823.

Vivió en Lima rodeado siempre de las mayores expresiones de respeto de propios y extraños; Bolívar le dio la más alta condecoración y O'Higgins fue incorporado a su lado, en los días previos a la Campaña Final que coronaría la Independencia Americana en Ayacucho.

En este año en que se recuerda a otro grande de las nacionalidades hispanoamericanas, Santa Cruz, en el segundo centenario de su nacimiento, vale mencionar su relación con don Bernardo O'Higgins y la posición de éste frente al proyecto confederal. Se conocieron en el Consejo de Generales, en los días de la Campaña de Ayacucho. Según Valencia Abaria, cuando Santa Cruz pasa en misión diplomática a Chile en julio de 1827, habría debido a O'Higgins "algunos contactos personales", que éste le habría facilitado.

Si bien debemos resaltar y proclamar que don Bernardo O'Higgins puede ser el mejor símbolo de la amistad peruano-chilena, es también evidente que tuvo posición muy especial frente a Bolivia y el proyecto confederal. Su correspondencia es trasparente en tanto no compartió la política belicista de Portales; su postura, sin embargo, no fue de seguimiento de las acciones santacrucinas, y evitó aceptar distinciones que Santa Cruz quiso hacerle, no exhibiendo así ninguna posición pública en el conflicto confederal. No entendió el conflicto como muchos lo entendieron, y lo acongojaba que en él estuvieran enfrentados Perú y Chile. Un párrafo de la carta al presidente Joaquín Prieto, el 4 de julio de 1836, nos revela con precisión meridiana su pensamiento:

"es indudable que lo más próspero que sea el Perú, tanto más lo será Chile, y viceversa. En los siglos pasados -continúa-, las naciones del antiguo mundo sufrían un grande error a este respecto, figurándose que cuanto más pobres fueran sus circunvecinos, tanto más ricas serían ellas mismas. Este pernicioso error, que por tanto tiempo operó contra la prosperidad general del género humano, se encuentra al presente, en grande grado, aunque no del todo menospreciado".

Hermosa lección que es indispensable rescatar y reforzar, y que lamentablemente no ha guiado siempre las relaciones de Perú y Chile, como hubiese querido don Bernardo. Su entusiasmo fue grande cuando supo de la Paz

de Paucarpata, como grande fue su contrariedad cuando conoció la desautorización que había sufrido Blanco Encalada por suscribir la.

Tal vez esa fue una de las últimas penas mayores que acongojaron sus postreros días, en tanto que ofendía su ideal americanista. Cartas a Bulnes, Prieto y Santa Cruz, dan testimonio de la honda preocupación que le produjo el conflicto; cierto que otra inquietud, ella familiar, lo tuvo entonces sumido en profunda desazón: la enfermedad de su madre, doña Isabel, que murió el 21 de abril de 1839, en los mismos días que Lima recibía a los vencedores de Yungay. De todos modos, Bulnes lo atrajo a su lado para hacerlo partícipe de aquellas glorias. La prolongada presencia chilena en Lima permitió que en la víspera del 18 de setiembre, el ejército restaurador conmemorando el aniversario patrio chileno, se presentase ante su casa, en Espaderos, entonando el himno chileno. Las menciones en la canción patria de entonces, compuesta por Bernardo Vera, en las que Chacabuco y Maipú estaban presentes, debieron serle especialmente gratas.

Luego se vieron acelerados los estragos que en su organismo el tiempo, esfuerzos y males, fueron acrecentando. También lo acompañaban las tristezas de sus amigos y la desaparición de otros; tal la de Manuel Lorenzo de Vidaurre, su contertulio muchas veces en el valle de Cañete. Las mortificaciones al pecho y el reumatismo fueron minando su organismo, justamente cuando al saber la existencia de naves a vapor que unían las costas chilenas y peruanas, le hacían presagiar un viaje a su Patria con mayores comodidades y en menor tiempo.

No era un hombre anciano, aunque así lo describe alguna publicación de aquellos días. Sabemos que morirá a los 64 años, pero al releer las biografías que se le han dedicado, y las cartas últimas que escribió, conmueve y duele las penas que lo acompañaron.

Le dolería en los últimos tramos de su vida, ver confirmada la burla que se hacía de sus sueldos, que nunca le fueron honrados; como toda su ilusión era volver a su patria, no hizo caso de aquello y se dispuso al retorno; estuvo a punto de reservar varias veces espacio

para el ansiado viaje; la agudización de sus males postergó tal deseo, aunque también es cierto que recibió buenas noticias de Chile. El 3 de enero de 1840 escribía a Juan José Urivi: "Me da V. espléndidas enhorabuenas por el acto de justicia de la unánime sanción del Senado y el Supremo Gobierno, en la restitución de mi empleo de Capitán General. Aseguro a V., mi amado compatriota, que esta medida altamente satisfactoria a mis conciudadanos, a los hombres honrados, al filósofo y al patriota, llena más mi complacencia por el decoro de Chile que lava a proporción una mancha que las edades no olvidan de la ingrata tierra de Scipión. Jamás me deslumbraron los brillos de los oropes ni la odiosa silla suprema sedujo mi corazón. Mi Patria, el grato nombre de mi querido Chile, es el fuego inextinguible que vivifica mi corazón y que arderá siempre en mi pecho".

Para cuidar su salud y siguiendo las consignas de su médico, alquiló casa frente al Real Felipe, en el Callao, lo que le produjo evidente alivio, aunque de carácter pasajero, al agudizarse cada vez sus males. Por lo mismo, el 8 de octubre otorgó poder para testar. Todo ello hizo conocido su malestar y es significativa del clima que Lima empezó a vivir en torno de la situación del ilustre vecino de la calle Espaderos, la nota que apareció en *El Comercio* el 12 de octubre de ese año 1842: "No es una desgracia que afecte solamente a su familia, a sus allegados y amigos, sino al Perú y a Chile, su Patria, y a la América entera como personaje de toda ella por la naturaleza y consecuencia de sus heroicos esfuerzos por la independencia y libertad de que gozamos". Y ello era incuestionable, quien acababa sus días era quien había dicho -diciendo verdad-: "Por la independencia de América sacrificué en Chile mi Patria, mis mejores años, mi salud y mis bienes. No tengo otra ambición". Sí, por la Independencia de América, por eso fue Capitán General en el ejército chileno, Brigadier en el de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Gran Mariscal en el del Perú; fue reconocido como General y con tratamiento de Excelencia en el Ejército Unido Libertador Perú-colombiano, en la campaña de Ayacucho.

Era cierto: lo que ocurría en esos días de octubre de 1842, hace 150 años, era no sólo una pérdida para Chile, sino para quienes creían -quienes creemos-, en el valor de los hombres que miraron más allá de sus propias fronteras, con sentido fraternal americanista.

Sus últimos días fueron testimonio de una enorme capacidad de sufrimiento, pues los que lo acompañaron entonces coinciden en reconocer que no se le oyó nunca la menor queja, a pesar de que debió padecer muy grandes dolores; como fueron grandes las esperanzas que tuvo en volver a su Chile querido. En la convicción de que haría el viaje, llegó a preparar el discurso que debería pronunciar al pisar suelo chileno ante el pueblo y Cabildo de Valparaíso; en su Archivo de Montalván lo encontraría Benjamín Vicuña Mackenna; que llegó a preparar el uniforme azul que luciría en aquella oportunidad, es también prueba de la certeza que tuvo en regresar, tal vez para morir allí.

No sería así; sus convicciones religiosas, que lo llevaban a frecuentar las iglesias de La Merced y San Agustín, en esos momentos finales lo hicieron solicitar se colocara ante su lecho un pequeño altar, donde el Padre Juan de Dios Urías -que ha pasado a la historia más por su historia que hizo famosa Ricardo Palma-, le oficiaba la misa diaria.

Su postrera alegría sería aquella que llegó a conocer en sus últimos momentos de lucidez, ese final 24 de octubre: el texto de la ley que ya había promulgado el presidente Bulnes, que ordenaba el pago de todos los sueldos que se le adeudaban "aún cuando residiera fuera del territorio de la república".

Al medio día solicitó el hábito franciscano que había reclamado sea su sudario. Cuenta Orrego Vicuña, ya citado, que cuando se lo alcanzó la indiecita Patricia, indiecita araucana que lo servía con fidelidad largos años, le dijo: "Éste es el hábito que me envía mi Dios".

Había así entregado su alma al Todopoderoso, el ilustre Bernardo O'Higgins Riquelme.